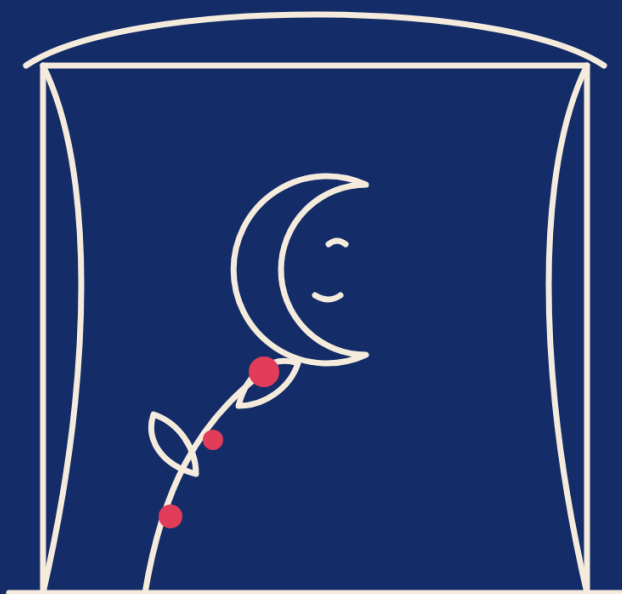


Teatro breve



Federico García Lorca

LIBRO LIBERADO

FEDERICO GARCÍA LORCA

Teatro breve



Libro Liberado · libroliberado.cl

Teatro breve

Federico García Lorca

Texto de dominio público. Libre para leer, copiar y compartir.

Edición digital: *Libro Liberado*, 2026.

libroliberado.cl

Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín



Aleluya erótica en cuatro cuadros
(Versión de cámara)

Personajes

DON PERLIMPLÍN

BELISA

MARCOLFA

MADRE DE BELISA

DUENDE PRIMERO

DUENDE SEGUNDO

Cuadro primero

Casa de don Perlimplín. Paredes verdes con las sillas y muebles pintados en negro. Al fondo, un balcón por el que se verá el balcón de Belisa. Perlimplín viste casaca verde y peluca blanca llena de bucles.

Marcolfa, criada, el clásico traje de rayas.

PERLIMPLÍN. ¿Sí?

MARCOLFA. Sí.

Pero ¿por qué sí?

MARCOLFA. Pues porque sí.

PERLIMPLÍN. ¿Y si yo te dijera que no?

MARCOLFA. (*Agria.*) ¿Que no?

PERLIMPLÍN. No.

MARCOLFA. Dígame, señor mío, las causas de ese no.

PERLIMPLÍN. (*Pausa.*) Dime tú, doméstica perseverante, las causas de ese sí.

MARCOLFA. Veinte y veinte son cuarenta...

PERLIMPLÍN. (*Escuchando.*) Adelante.

MARCOLFA. Y diez cincuenta.

PERLIMPLÍN. Vamos.

MARCOLFA. Con cincuenta años ya no se es un niño.

PERLIMPLÍN. Claro.

MARCOLFA. Yo me puedo morir de un momento a otro.

PERLIMPLÍN. ¡Caramba!

MARCOLFA. (*Llorando.*) ¿Y qué será de usted sólo en este mundo?

PERLIMPLÍN. ¿Qué sería?

MARCOLFA. Por eso tiene que casarse.

PERLIMPLÍN. (*Distraído.*) ¿Sí?

MARCOLFA. (*Enérgica.*) Sí.

PERLIMPLÍN. (*Angustiado.*) Pero Marcolfa... ¿por qué sí? Cuando yo era niño una mujer estranguló a su esposo. Era zapatero. No se me olvida. Siempre he pensado no casarme. Yo con mis libros tengo bastante. ¿De qué me va a servir?

MARCOLFA. El matrimonio tiene grandes encantos, mi señor. No es lo que se ve por fuera. Está lleno de cosas ocultas. Cosas que no está bien que sean dichas por una servidora... Ya se ve...

PERLIMPLÍN. ¿Qué?

MARCOLFA. Me he puesto colorada.

(*Pausa. Se oye un piano.*)

UNA VOZ. (*Dentro, cantando.*)

Amor, amor.

Entre mis muslos cerrados nada como un pez el sol.

Agua tibia entre los juncos, amor.

¡Gallo, que se va la noche!

¡Que no se vaya, no!

MARCOLFA. Verá mi señor la razón que tengo.

PERLIMPLÍN. (*Rascándose la cabeza.*) Canta bien.

MARCOLFA. Ésa es la mujer de mi señor. La blanca Belisa.

PERLIMPLÍN. Belisa... Pero no sería mejor...

MARCOLFA. No... venga ahora mismo. (*Le coge de la mano y se acercan al balcón.*) Diga usted Belisa...

PERLIMPLÍN. Belisa...

MARCOLFA. Más alto.

PERLIMPLÍN. ¡Belisa!...

(El balcón de la casa de enfrente se abre y aparece Belisa resplandeciente de hermosu - ra. Está medio desnuda.)

BELISA. ¿Qulén me llama?

MARCOLFA. *(Escondiéndose detrás de la cortina del balcón.)* Conteste.

PERLIMPLÍN. *(Temblando.)* La llamaba yo.

BELISA. ¿Sí?

PERLIMPLÍN. Sí.

BELISA. Pero ¿por qué sí?

PERLIMPLÍN. Pues porque sí.

BELISA. ¿Y si yo le dijese que no?

PERLIMPLÍN. Lo sentiría... porque... hemos decidido que me quiero casar.

BELISA. *(Ríe.)* ¿Con quién?

PERLIMPLÍN. Con usted...

BELISA. *(Seria.)* Pero... *(A voces.)* Mamá, mamá, mamaíta.

MARCOLFA. Esto va bien.

(Sale la Madre con una gran peluca dieciochesca llena de pájaros, cintas y abalorios.)

BELISA. Don Perlimplín se quiere casar conmigo. ¿Qué hago?

MADRE. Buenísimas tardes, encantador vecinito mío. Siempre dije a mi pobre hija que tiene usted la gracia y modales de aquella gran señora que fue su madre y a la cual no tuve la dicha de conocer.

PERLIMPLÍN. ¡Gracias!...

MARCOLFA. *(Furiosa, en la cortina.)* ¡He decidido que...! ¡Va mos!

PERLIMPLÍN. Hemos decidido que vamos...

MADRE. A contraer matrimonio, ¿no es así?

PERLIMPLÍN. Así es.

BELISA. Pero mamá... ¿Y yo?

MADRE. Tú estás conforme, naturalmente. Don Perlimplín es un encantador marido.

PERLIMPLÍN. Espero serlo, señora.

MARCOLFA. *(Llamando a don Perlimplín.)* Esto está casi terminado.

PERLIMPLÍN. ¿Crees tú? *(Hablan.)*

MADRE. (*A Belisa.*) Don Perlimplín tiene muchas tierras. En las tierras hay muchos gansos y ovejas. Las ovejas se llevan al mercado. En el mercado dan dineros por ellas. Los dineros dan la hermosura... Y la hermosura es codiciada por los demás hombres.

PERLIMPLÍN. Entonces...

MADRE. Emocionadísima... Belisa... vete dentro... no está bien que una doncella oiga ciertas conversaciones.

BELISA. Hasta luego... (*Se va.*)

MADRE. Es una azucena... Ve usted su cara. (*Bajando la voz.*) Pues si la viese por dentro... ¡Como de azúcar!... Pero... ¡perdón! No he de ponderar estas cosas a persona tan moderna y competentísima como usted...

PERLIMPLÍN. ¿Sí?

MADRE. Sí... lo he dicho sin ironía.

PERLIMPLÍN. No sé cómo expresarle nuestro agradecimiento...

MADRE. ¡Oh!... nuestro agradecimiento... qué delicadeza tan extraordinaria. El agradecimiento de su corazón y el de usted mismo... Lo he entendido... lo he entendido... A pesar que hace veinte años que no trato a un hombre.

MARCOLFA. La boda...

PERLIMPLÍN. La boda...

MADRE. En cuanto quiera... aunque... (*Saca un pañuelo y llora.*) A todas las madres... Hasta luego... (*Se va.*)

MARCOLFA. ¡Por fin!

PERLIMPLÍN. ¡Ay Marcolfa, Marcolfa, en qué mundo me vas a meter!

MARCOLFA. En el mundo del matrimonio.

PERLIMPLÍN. Y si te soy franco, siento una sed... ¿Por qué no me traes agua?

(*Marcolfa se le acerca y le da un recado al oído.*)

PERLIMPLÍN. ¿Quién lo puede creer?

(Se oye el piano. El teatro queda en penumbra. Belisa descubre las cortinas de su balcón.

Se ve a Belisa casi desnuda cantando lánguidamente.)

VOZ DE BELISA.

¡Amor! ¡Amor!

Entre mis muslos cerrados nada como un pez el sol.

MARCOLFA. ¡Hermosa doncella!

PERLIMPLÍN. ¡Como de azúcar!... blanca por dentro. ¿Será capaz de estrangularme?

MARCOLFA. La mujer es débil si se la asusta a tiempo.

VOZ DE BELISA.

¡Amor!

¡Gallo que se va la noche!

Que no se vaya, no.

PERLIMPLÍN. ¿Qué dice Marcolfa? ¿Qué dice? *(Marcolfa ríe.)* Y qué es esto que me pasa?... ¿Qué es esto?

(Siguen sonando el piano. Por el balcón pasa una bandada de pájaros de papel negro.)

Cuadro segundo

Sala de don Perlimplín. En el centro hay una gran cama con dosel y penachos de plumas. En las paredes hay seis puertas. La primera de la derecha sirve de entrada y salida a don Perlimplín. Es la primera noche de casados.

(Marcolfa, con un candelabro, en la puerta primera de la izquierda.)

MARCOLFA. Buenas noches.

VOZ DE BELISA. Adiós, Marcolfa.

(Sale Perlimplín vestido magníficamente.)

MARCOLFA. Buena noche de boda tenga mi señor.

PERLINIPLÍN. Adiós, Marcolfa.

(Sale Marcolfa. Perlimplín se dirige de puntillas a la habitación de enfrente y mira desde la puerta.)

Belisa... con tantos encajes pareces una ola y me das el mismo miedo que de niño tuve al mar. Desde que tú viniste de la iglesia está mi casa llena de rumores secretos y el agua se entibía ella sola en los vasos...

¡Ay!... Perlimplín... ¿dónde estás, Perlimplín? *(Sale de puntillas.)*

(Aparece Belisa vestida con un gran traje de dormir lleno de encajes. Una cofia inmensa le cubre la cabeza y lanza una cascada de puntillas y entredoses hasta sus pies. Lleva el pelo suelto y los brazos desnudos.)

BELISA. La criada perfumó esta habitación con tomillo y no con menta como yo le indiqué... *(Va hacia el lecho.)* Ni puso a la cama las finas ropas de hilo que tiene. Marcolfa... *(En este momento suena una música suave de guitarras. Belisa cruza las manos sobre el pecho.)* ¡Ay! El que me busque con ardor me encontrará. Mi sed no se apaga nunca, como nunca se apaga la sed de los mascarones que echan el agua en las fuentes. *(Siguen la música.)* ¡Ay qué música, Dios mío! ¡Qué música! Como el plumón caliente de los cisnes... ¡Ay! Pero, ¿soy yo?, ¿o es la música?

(Se echa sobre los hombros una gran capa de terciopelo rojo y pasea por la escena.)

(Calla la música y se oyen cinco silbidos.)

BELISA. Son cinco.

(Aparece Perlimplín.)

PERLIMPLÍN. ¿Te molesto?

BELISA. ¿Cómo es posible?

PERLIMPLÍN. ¿Tienes sueño?

BELISA. *(Irónica.)* ¿Sueño?

PERLIMPLÍN. La noche se ha puesto un poco fría. *(Se frota las manos.)*

(Pausa.)

BELISA. *(Decidida.)* Perlimplín.

PERLIMPLÍN. *(Temblando.)* ¿Qué quieres?

BELISA. *(Vaga.)* Es un bonito nombre, Perlimplín.

PERLIMPLÍN. Más bonito es el tuyo, Belisa.

BELISA. *(Riendo.)* ¡Oh! ¡Gracias!

(Pausa corta.)

PERLIMPLÍN. Yo quería decirte una cosa.

BELISA. ¿Y es?

PERLIMPLÍN. He tardado en decidirme... Pero...

BELISA. Di.

PERLIMPLÍN. Belisa... ¡yo te amo!

BELISA. ¡Oh, caballerito!... es ésa tu obligación.

PERLIMPLÍN. ¿Sí?

BELISA. Sí.

PERLIMPLÍN. Pero ¿por qué sí?

BELISA. *(Mimosa.)* Pues porque sí.

PERLIMPLÍN. No.

BELISA. ¡Perlimplín...!

PERLIMPLÍN. No, Belisa. Antes de casarme contigo yo no te quería.

BELISA. *(Guasona.)* ¿Qué dices?

PERLIMPLÍN. Me casé... ¡por lo que fuera!, pero no te quería. Yo no había podido imaginarme tu cuerpo hasta que lo vi por el ojo de la cerradura cuando te vestían de novia. Y entonces fue cuando sentí el amor,

¡entonces!, como un hondo corte de lanceta en mi garganta.

BELISA. (*Intrigada.*) Pero ¿y las otras mujeres?

PERLIMPLÍN. ¿Qué mujeres?

BELISA. Las que tú conociste antes.

PERLIMPLÍN. Pero ¿hay otras mujeres?

BELISA. (*Levantándose.*) ¡Me estás asombrando!

PERLIMPLÍN. El primer asombrado soy yo. (*Pausa. Se oyen los cinco silbidos.*) ¿Qué es eso?

BELISA. El reloj.

PERLIMPLÍN. ¿Son las Cinco?

BELISA. Hora de dormir.

PERLIMPLÍN. ¿Me das permiso para quitarme la casaca?

BELISA. Desde luego (*Bostezando.*), maridito. Y apaga la luz si te place.

PERLIMPLÍN. (*Apaga la luz. En voz baja.*) Belisa.

BELISA. (*En voz alta.*) ¿Qué, hijito?

PERLIMPLÍN. (*En voz baja.*) He apagado lá luz.

BELISA. (*Guasona.*) Ya lo Veo.

PERLIMPLÍN. (*En voz mucho más baja.*) Belisa...

BELISA. (*En voz más alta.*) ¿Qué?, ¿encanto?

PERLIMPLÍN. ¡Te adoro!

(Dos Duendes saliendo por lados opuestos del escenario corren una cortina de tonos grises. Queda el teatro en penumbra, con dulce tono de sueño. Suenan flautas. Deben ser dos niños. Se sientan en la concha del apuntador cara al público.)

DUENDE 1.º ¿Cómo te va por lo oscurillo?

DUENDE 2.º Ni bien ni mal, compadrillo.

DUENDE 1.º Ya estamos.

DUENDE 2.º Y qué te parece. Siempre es bonito tapar las faltas ajenas.

DUENDE 1.º Y que luego el público se encargue de destaparlas.

DUENDE 2.º Porque si las cosas no se cubren con toda clase de preocupaciones...

DUENDE 1.º No se descubren nunca.

DUENDE 2.º Y sin este tapar y destapar...

DUENDE 1.º ¡Qué sería de las pobres gentes!

DUENDE 2.º (*Mirando la cortina.*) ¡Que no quede ni una rendija!

DUENDE 1.º Que las rendijas de ahora son oscuridad mañana. (*Ríen.*)

DUENDE 2.º Cuando las cosas están claras...

DUENDE 1.º El hombre se figura que no tiene necesidad de descubrirlas.

DUENDE 2.º Y se van a las cosas turbias para descubrir en ellas secretos que ya sabía.

DUENDE 1.º Pero para eso estamos nosotros aquí. ¡Los duendes!

DUENDE 2.º ¿Tú conocías a Perlimplín?

DUENDE 1.º Desde niño.

DUENDE 2.º ¿Y a Belisa?

DUENDE 1.º Mucho. Su habitación exhalaba un perfume tan intenso, que una vez me quedé dormido y desperté entre las garras de sus gatos. (*Rien.*)

DUENDE 2.º Este asunto estaba...

DUENDE 1.º ¡Clarísimo!

DUENDE 2.º Todo el mundo se lo imaginaba.

DUENDE 1.º Y el comentario huiría hacia medios más misteriosos.

DUENDE 2.º ¡Por eso! Que no se descorra todavía nuestra eficaz y socialísima pantalla.

DUENDE 1.º ¡No, que no se enteren!

DUENDE 2.º El alma de Perlimplín, chica y asustada como un patito recién nacido, se enriquece y sublima en estos instantes...

(*Rien.*) DUENDE 1.º El público está impaciente.

DUENDE 2.º Y tiene razón. ¿Vamos?

DUENDE 1.º Va mos. Ya siento un dulce fresquillo por mis espaldas.

DUENDE 2.º Cinco frías camelias de madrugada se han abierto en las paredes de la alcoba.

DUENDE 1.º Cinco balcones sobre la ciudad.

(*Se levantan y se echan unas grandes capuchas azules.*)

DUENDE 2.º Don Perlimplín. ¿Te hacemos un mal o un bien?

DUENDE 1.º Un bien... porque no es justo poner ante las miradas del público el infortunio de un hombre bueno.

DUENDE 2.º Es verdad, compadrillo: que no es lo mismo decir «yo he visto» que «se dice».

DUENDE 1.º Mañana lo sabrá toda la gente.

DUENDE 2.º Y es lo que deseamos.

DUENDE 1.º Comentario quiere decir mundo.

DUENDE 2.º Chist...

(*Empiezan a sonar las flautas.*) DUENDE 1.º Ch1St...

DUENDE 2.º ¿Vámonos por el oscurillo ?

DUENDE 1.º Vámonos ya, compadrillo.

DUENDE 2.º ¿Yá?

DUENDE 1.º ¡Yá!

(Corren la cortina. Aparece don Perlimplín en la cama [con unos grandes cuernos de ciervo en la cabeza]. Belisa a su lado. Los cinco balcones del fondo están abiertos de par en par. Por

ellos entra la luz Blanca de la madrugada.)

PERLIMPLÍN. (*Despertando.*) Belisa, Belisa. ¡Contesta!

BELISA. (*Fingiendo que despierta.*) Perlimplinito. ¿Qué quieres?

PERLIMPLÍN. ¡Dime pronto!

BELISA. ¿Qué te voy a decir? ¡Yo quedé dormida mucho antes que tú!

PERLIMPLÍN. (*Se echa de la cama. Va vestido con casaca.*) ¿Por qué están los balcones abiertos?

BELISA. Porque esta noche ha corrido el aire como nunca.

PERLIMPLÍN. ¿Por qué tienen los balcones cinco escalas que llegan al suelo?

BELISA. Porque así es la costumbre en el país de mi madre.

PERLIMPLÍN. Y ¿de quiénes son aquellos cinco sombreros que veo debajo de los balcones?

BELISA. (*Saltando de la cama en espléndida toilette.*) De los borrachitos que van y vienen, Perlimplinillo,
¡amor!

PERLIMPLÍN. (*Mirándola y quedándose embobado.*) ¡Belisa! ¡Belisa! ¿Y por qué no? Todo lo explicas bien. Estoy conforme. ¿Por qué no ha de ser así?

BELISA. (*Mimosa.*) No soy mentirosilla.

PERLIMPLÍN. Y yo cada minuto te quiero más.

BELISA. Así me gusta.

PERLIMPLÍN. ¡Por primera vez en mi vida estoy contento! (*Se acerca y la abraza, pero en ese instante se retira bruscamente de ella.*) Belisa. ¿Quién te ha besado? ¡No mientas, que lo sé!

BELISA. (*Cogiéndose el pelo y echándolo por delante.*) ¡Ya lo creo que lo sabes! ¡Qué maridito tan bromista tengo! (*En voz baja.*) ¡Tú! ¡Tú me has besado!

PERLIMPLÍN. ¡Sí! Yo te he besado... ¿pero y si te hubiese besado alguien más...? Si te hubiese besado alguien más... ¿tú me quieres?

BELISA. (*Levantando un brazo desnudo.*) Sí, Perlimplín chiquitito.

PERLIMPLÍN. Entonces... ¿qué me importa?... (*Se dirige a ella y la abraza.*) ¿Eres Belisa?...

BELISA. (*Mimosa y en voz baja.*) ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!

PERLIMPLÍN. ¡Casi me parece un sueño!

BELISA. (*Reaccionando.*) Mira, Perlimplín, cierra los balcones, que antes de nada se levantará la gente...

PERLIMPLÍN. ¿Para qué? Como los dos hemos dormido lo bastante veremos el amanecer... ¿No te gusta?

BELISA. Sí, pero... (*Se sienta en la cama.*)

PERLIMPLÍN. Nunca había visto la salida del sol... (*Belisa, rendida, cae sobre las almohadas.*) Es un espectáculo que... parece mentira... ¡me conmueve!... ¿Y a ti?, ¿no te gusta? (*Se dirige hacia el lecho.*)

Belisa, ¿estás dormida?

BELISA. (*Entre sueños.*) Sí.

(Perlimplín, de puntillas, la cubre con un manto. Una luz intensa y dorada entra por los balcones. Bandadas de pájaros de papel los cruzan entre el sonido de las campanas matinales.

Perlimplín se ha sentado al borde de la cama.)

Amor, amor que estoy herido.

Herido de amor huido, herido, muerto de amor.

Decid a todos que ha sido el ruiseñor.

Bisturí de cuatro filos, garganta rota y olvido.

Cógeme la mano, amor, que vengo muy mal herido, herido de amor huido,

¡herido!

¡Muerto de amor!

Telón

Cuadro tercero

Comedor de Perlimplín. Las perspectivas están equivocadas deliciosamente. La mesa con todos los objetos pintados como en una «Cena» primitiva.

PERLIMPLÍN. ¿Lo harás como te digo?

MARCOLFA. (*Llorando.*) Descuide el señor.

PERLIMPLÍN. Marcolfa, ¿por qué sigues llorando?

MARCOLFA. Por lo que sabe su merced. La noche de boda entraron cinco personas por los balcones.

Cinco. Representantes de las cinco razas de la tierra. El europeo con su barba, el indio, el negro, el amarillo y el norteamericano. Y usted sin enterarse...

PERLIMPLÍN. Eso no tiene importancia...

MARCOLFA. Figúrese. Ayer la vi con otro.

PERLIMPLÍN. (*Intrigado.*) ¿Cómo?

MARCOLFA. Y no se ocultó de mí.

PERLIMPLÍN. Pero yo soy feliz, Marcolfa.

MARCOLFA. Me deja asombrada el señor.

PERLIMPLÍN. Feliz como no tienes idea. He aprendido muchas cosas y, sobre todo, puedo imaginarlas...

MARCOLFA. Mi señor la quiere demasiado.

PERLIMPLÍN. No tanto como ella merece.

MARCOLFA. Aquí llega.

PERLIMPLÍN. Vete.

(Se va Marcolfa y Perlimplín se oculta en un rincón. Entra Belisa.)

BELISA. Tampoco he conseguido verlo. En mi paseo por la alameda venían todos detrás menos él. Debe tener la piel morena y sus besos deben perfumar y escocer al mismo tiempo como el azafrán y el clavo. A veces pasa por debajo de mis balcones y mece su mano lentamente en un saludo que hace temblar mis pechos.

PERLIMPLÍN. ¡Ejem!

BELISA. *(Volviéndose.)* ¡Oh! ¡Qué susto me has dado!

PERLIMPLÍN. *(Acercándose cariñoso.)* Observo que hablas sola.

BELISA. *(Fastidiada.)* ¡Quita!

PERLIMPLÍN. ¿Quieres que demos un paseo?

BELISA. No.

PERLIMPLÍN. ¿Quieres que vayamos a la confitería?

BELISA. ¡He dicho que no!

PERLIMPLÍN. Perdona.

(Una piedra en la que hay una carta arrollada cae por el balcón. Perlimplín la recoge.)

BELISA. *(Furiosa.)* ¡Dame!

PERLIMPLÍN. ¿Por qué?

BELISA. ¡Porque eso era para mí!

PERLIMPLÍN. *(Burlón.)* ¿Quién te lo ha dicho?

BELISA. ¡Perlimplín! ¡No la leas!

PERLIMPLÍN. *(Poniéndose fuerte en broma.)* ¿Qué quieres decir?

BELISA. *(Llorando.)* ¡Dame esa carta!

PERLIMPLÍN. *(Acercándose.)* ¡Pobre Belisa! Porque comprendo tu estado de ánimo te entrego este papel que tanto supone para ti... *(Belisa coge el papel y lo guarda en el pecho.)* Yo me doy cuenta de las cosas.

Y aunque me hieren profundamente comprendo que vives un drama.

BELISA. (*Tierna.*) ¡Perlimplín!...

PERLIMPLÍN. Yo sé que tú me eres fiel y lo sigues siendo.

BELISA. (*Gachona.*) No conocí más hombre que mi Perlimplinillo.

PERLIMPLÍN. Por eso quiero ayudarte como debe hacer todo buen marido cuando su esposa es un dechado de virtud... Mira. (*Cierra las puertas y adopta un aire de misterio.*) ¡Yo lo sé todo!... Me di cuenta en seguida. Tú eres joven y yo soy viejo... ¡Qué le vamos a hacer!... pero lo comprendo perfectamente. (*Pausa. En voz baja.*) ¿Ha pasado hoy por aquí?

BELISA. Dos veces.

PERLIMPLÍN. ¿Y te ha hecho señas?

BELISA. Sí... pero de una manera un poco despectiva... ¡y eso me duele!

PERLIMPLÍN. No temas. Hace quince días vi a ese joven por vez primera. Te puedo decir con toda sinceridad que su belleza me deslumbró. Jamás he visto un hombre en que lo varonil y lo delicado se den de una manera más armónica. Sin saber por qué, pensé en ti.

BELISA. Yo no le he visto la cara... pero...

PERLIMPLÍN. No tengas miedo de hablarme... yo sé que tú le amas... Ahora te quiero como si fuera tu padre... ya estoy lejos de las tonterías... así es...

BELISA. Él me escribe cartas.

PERLIMPLÍN. Ya lo sé.

BELISA. Pero no se deja ver.

PERLIMPLÍN. Es raro.

BELISA. Y hasta parece... que me desprecia.

PERLIMPLÍN. ¡Qué inocente eres!

BELISA. Lo que no cabe duda es que me ama como yo deseo...

PERLIMPLÍN. (*Intrigado.*) ¿Dices?

BELISA. Las cartas de los otros hombres que yo he recibido... y que no he contestado porque tenía a mi maridito, me ha blaban de países ideales, de sueños y de corazones heridos... pero estas cartas de él...

mira...

PERLIMPLÍN. Habla sin miedo.

BELISA. Hablan de mí... de mi cuerpo...

PERLIMPLÍN. (*Acariciándole los cabellos.*) ¡De tu cuerpo!

BELISA. «¿Para qué quiero tu alma? -me dice-. El alma es el patrimonio de los débiles, de los héroes tullidos y las gentes enfermizas. Las almas hermosas están en los bordes de la muerte, reclinadas sobre cabelleras blanquísimas y manos macilentas. Belisa. ¡No es tu alma lo que yo deseo!, ¡sino tu blanco y mórbido cuerpo estremecido! »

PERLIMPLÍN. ¿Quién será ese bello joven?

BELISA. Nadie lo sabe.

PERLIMPLÍN. ¿Nadie? (*Inquisitivo.*)

BELISA. Yo he preguntado a todas mis amigas.

PERLIMPLÍN. (*Misterioso y decidido.*) ¿Y si yo te dijera que lo conozco?

BELISA. ¿Es posible?

PERLIMPLÍN. (*Se levanta.*) Espera. (*Va al balcón.*) ¡Aquí está!

BELISA. (*Corriendo.*) ¿Sí?

PERLIMPLÍN. Acaba de volver la esquina.

BELISA. (*Sofocada.*) ¡Ay!

PERLIMPLÍN. Como soy un viejo quiero sacrificarme por ti. Esto que yo hago no lo hizo nadie jamás.

Pero ya estoy fuera del mundo y de la moral ridícula de las gentes. Adiós.

BELISA. ¿Dónde vas?

PERLIMPLÍN. (*Grandioso, en la puerta.*) ¡Más tarde lo sabrás todo! ¡Más tarde!

Telón

Cuadro cuarto

Jardín de cipreses y naranjos. Al levantarse el telón aparecen Perlimplín y Marcolfa en el jardín.

MARCOLFA. ¿Es hora ya?

PERLIMPLÍN. No. Todavía no es hora.

MARCOLFA. ¿Pero qué ha pensado mi señor?

PERLIMPLÍN. Todo lo que no había pensado antes.

MARCOLFA. (*Llorando.*) ¡Yo tengo la culpa!

PERLIMPLÍN. ¡Oh!... ¡Si vieras qué agradecimiento guarda mi corazón hacia ti!

MARCOLFA. Antes todo estaba liso. Yo le llevaba por las mañanas el café con leche y las uvas.

PERLIMPLÍN. Sí... ¡las uvas!, las uvas, pero ¿y yo?... Me parece que han transcurrido cien años. Antes no podía pensar en las cosas extraordinarias que tiene el mundo... Me quedaba en las puertas... En cambio ahora... El amor de Belisa me ha dado un tesoro precioso que yo ignoraba... ¿Ves? Ahora cierro los ojos y... veo lo que quiero... por ejemplo... a mi madre cuando la visitaron las hadas de los contornos... ¡Oh!...

¿tú sabes cómo son las hadas?... pequeñitas... ¡es admirable! ¡pueden bailar sobre mi dedo meñique!

MARCOLFA. Sí, sí, las hadas, las hadas... pero ¿y lo otro?

PERLIMPLÍN. ¡Lo otro! ¡Ah! (*Con satisfacción.*) ¿Qué le dijiste a mi mujer?

MARCOLFA. Aunque no sirvo para estas cosas, le dije lo que me indicó el señor... que ese joven... vendría esta noche a las diez en punto al jardín, envuelto como siempre en su capa roja.

PERLIMPLÍN. ¿Y ella?...

MARCOLFA. Ella se puso encendida como un geranio, se lle vó las manos al corazón y quedó besando apasionadamente sus hermosas trenzas de pelo.

PERLIMPLÍN. (*Entusiasmado.*) De manera que se puso encendida como un geranio... y ¿qué te dijo?

MARCOLFA. Suspiró nada más. ¡Pero de qué manera!

PERLIMPLÍN. ¡Oh sí!... ¡Como mujer alguna lo hizo! ¿verdad?

MARCOLFA. Su amor debe rayar en la locura.

PERLIMPLÍN. (*Vibrante.*) ¡Eso es! Yo necesito que ella ame a ese joven más que a su propio cuerpo y ¡no hay duda que lo ama!

MARCOLFA. (*Llorando.*) ¡Me da miedo de oírlo!... Pero, ¡cómo es posible! Don Perlimplín, ¿cómo es posible? ¡Que usted mismo fomenta en su mujer el peor de los pecados!

PERLIMPLÍN. ¡Porque don Perlimplín no tiene honor y quiere divertirse! ¡Ya ves! Esta noche vendrá el nuevo y desconocido amante de mi señora Belisa. ¿Qué he de hacer sino cantar?

(*Cantando.*)

¡Don Perlímplín no tiene honor!

¡No tiene honor!

MARCOLFA. Sepa mi señor que desde este momento me considero despedida de su servicio. Las criadas tenemos también vergüenza.

PERLIMPLÍN. ¡Oh, inocente Marcolfa!... Mañana estarás libre como el pájaro... Aguarda hasta mañana...

Ahora vete y cumple con tu deber... ¿Harás lo que te dije?

MARCOLFA. (*Yéndose enjugando sus lágrimas.*) ¿Qué remedio me queda? ¡Qué remedio!

PERLIMPLÍN. ¡Bien! ¡Así me gusta!

(Empieza a sonar una dulce serenata. Don Perlimplín se esconde detrás de unos rosales.)

BELISA. *(Dentro, cantando.)*

Por las orillas del río se está la noche mojando.

Se está la noche mojando.

Y en los pechos de Belisa se mueren de amor los ramos.

Se mueren de amor los ramos.

PERLIMPLÍN. *(Recitando.)*

¡Se mueren de amor los ramos!

La noche canta desnuda sobre los puentes de marzo.

Sobre los puentes de marzo.

Belisa lava su cuerpo con agua salobre y nardos.

Con agua salobre y nardos.

¡Se mueren de amor los ramos!

La noche de anís y plata relumbra por los tejados.

Relumbra por los tejados.

Plata de arroyos y espejos y anís de tus muslos blancos.

Y anís de tus muslos blancos.

¡Se mueren de amor los ramos!

(Aparece Belisa por el jardín. Viene espléndidamente vestida. La luna ilumina la

escena.)

BELISA. ¿Qué voces llenan de dulce armonía el aire de una sola pieza de la noche? He sentido tu calor y tu peso, delicioso joven de mi alma... ¡Oh!... las ramas se mueven. *(Aparece un Hombre envuelto en una capa roja y cruza el jardín cautelosamente.)* Chist... ¡Es aquí!, ¡aquí!... *(El Hombre indaga con la mano que ahora vuelve.)* ¡Oh, sí... vuelve, amor mío! Jazminero flotante y sin raíces, el cielo caerá sobre mi espalda sudorosa... ¡Noche!... noche mía de menta y lapis lázuli...

(Aparece Perlimplín.)

PERLIMPLÍN. *(Sorprendido.)* ¿Qué haces aquí?

BELISA. Paseaba.

PERLIMPLÍN. ¿Y nada más?

BELISA. En la clara noche.

PERLIMPLÍN. *(Enérgico.)* ¿Qué hacías aquí?

BELISA. *(Sorprendida.)* Pero ¿no lo sabías?

PERLIMPLÍN. Yo no sé nada.

BELISA. Tú me enviaste el recado.

PERLIMPLÍN. (*Concupiscente.*) Belisa..., ¿lo esperas aún?

BELISA. ¡Con más ardor que nunca!

PERLIMPLÍN. (*Fuerte.*) ¿Por qué?

BELISA. Porque lo quiero.

PERLIMPLÍN. ¡Pues vendrá!

BELISA. El olor de su carne le pasa a través de su ropa. Le quiero, Perlimplín, ¡le quiero! ¡Me parece que soy otra mujer!

PERLIMPLÍN. Ése es mi triunfo.

BELISA. ¿Qué triunfo?

PERLIMPLÍN. El triunfo de mi imaginación.

BELISA. Es verdad que me ayudaste a quererlo.

PERLIMPLÍN. Como ahora te ayudaré a llorarlo.

BELISA. (*Extrañada.*) Perlimplín, ¿qué dices?...
(*El reloj da las diez. Canta el ruiseñor.*)

PERLIMPLÍN. ¡Ya es la hora!

BELISA. Debe llegar en estos instantes.

PERLIMPLÍN. Salta las tapias de mi jardín.

BELISA. Envuelto en su capa roja.

PERLIMPLÍN. (*Sacando un puñal.*) Roja como su sangre...

BELISA. (*Sujetándole.*) ¿Qué vas a hacer?

PERLIMPLÍN. (*Abrazándola.*) Belisa, ¿le quieres?

BELISA. (*Con fuerza.*) ¡Sí!

PERLIMPLÍN. Pues en vista de que le amas tanto yo no quiero que te abandone. Y para que sea tuyo completamente se me ha ocurrido que lo mejor es clavarle este puñal en su corazón galante. ¿Te gusta?

BELISA. ¡Por Dios, Perlimplín!

PERLIMPLÍN. Ya muerto, lo podrás acariciar siempre en tu cama tan lindo y peripuesto sin que tengas el temor de que deje de amarte. Él te querrá con el amor infinito de los difuntos y yo quedaré libre de esta oscura pesadilla de tu cuerpo grandioso. (*Abrazándola.*) Tu cuerpo... que nunca podría descifrar...

(*Mirando al jardín.*) Míralo por dónde viene... Pero suelta, Belisa... ¡suelta! (*Sale corriendo.*)

BELISA. (*Desesperada.*) Marcolfa, bájame la espada del comedor que voy a atravesar la garganta de mi marido.

(*A voces.*)

Don Perlimplín marido ruin, como le mates te mato a ti.

(*Aparece entre las ramas un Hombre envuelto en una amplia y lujosa capa roja. Viene herido y vacilante.*)

BELISA. ¡Amor!... ¿quién te ha herido en el pecho? (*El Hombre se oculta la cara con la capa. Ésta debe ser inmensa y cubrirle hasta los pies. Abrazándolo.*) ¿Quién abrió tus venas para que llenes de sangre mi jardín... ¡Amor! Déjame ver tu rostro por un instante siquiera... ¡Ay!, ¿quién te dio muerte?... ¿quién?

PERLIMPLÍN. (*Descubriéndose.*) Tu marido acaba de matarme con este puñal de esmeraldas. (*Enseña el puñal clavado en el pecho.*)

BELISA. (*Espantada.*) ¡Perlimplín!

PERLIMPLÍN. Él salió corriendo por el campo y no le verás más nunca. Me mató porque sabía que te amaba como nadie. Mientras me hería... gritó: ¡Belisa ya tiene un alma!... Acércate.

(*Está tendido en el banco.*)

BELISA. ¿Pero qué es esto?... ¡Y estás herido de verdad!

PERLIMPLÍN. Perlimplín me mató... ¡Ah, don Perlimplín! Viejo verde, monigote sin fuerzas, tú no podías gozar el cuerpo de Belisa... El cuerpo de Belisa era para músculos jóvenes y labios de ascuas... Yo en cambio amaba tu cuerpo nada más... ¡tu cuerpo!... pero me ha matado... con este ramo ardiente de piedras preciosas.

BELISA. ¿Qué has hecho?

PERLIMPLÍN. (*Moribundo.*) ¿Entiendes?... Yo soy mi alma y tú eres tu cuerpo... Déjame en este último instante, puesto que tanto me has querido, morir abrazado a él.

BELISA. (*Se acerca medio desnuda y lo abraza.*) Sí... ¿pero y el joven?... ¿Por qué me has engañado? PERLIMPLÍN. ¿El joven?... (*Cierra los ojos.*)

(*La escena adquiere luz mágica.*)

MARCOLFA. (*Entrando.*) ¡Señora!

BELISA. (*Llorando.*) ¡Don Perlimplín ha muerto!

MARCOLFA. ¡Lo sabía! Ahora le amortajaremos con el rojo traje juvenil con que paseaba bajo sus mismos balcones.

BELISA. (*Llorando.*) ¡Nunca creí que fuese tan complicado!

MARCOLFA. Se dio cuenta demasiado tarde. Yo le haré una corona de flores como un sol de mediodía.

BELISA. (*Extrañada y en otro mundo.*) Perlimplín, ¿qué cosa has hecho, Perlimplín?

MARCOLFA. Belisa, ya eres otra mujer... Estás vestida por la sangre gloriosísima de mi señor.

BELISA. ¿Pero quién era este hombre? ¿Quién era?

MARCOLFA. El hermoso adolescente al que nunca verás el rostro.

BELISA. Sí, sí, Marcolfa, le quiero, le quiero con toda la fuerza de mi carne y de mi alma. Pero ¿dónde está el joven de la capa roja?... Dios mío. ¿Dónde está?

MARCOLFA. Don Perlimplín, duerme tranquilo... ¿La estás oyendo?... Don Perlimplín... ¿la estás oyendo?...

(*Suenan campanas.*)

Telón

Retablillo de don Cristóbal



Farsa para guiñol

Personajes

AUTOR

DIRECTOR

Muñecos

POETA

DON CRISTÓBAL

ENFERMO

MADRE DE ROSITA

ROSITA

CURRITO

Prólogo hablado

EL AUTOR

Señoras y señores.-El poeta, que ha interpretado y recogido de labios populares esta farsa de guiñol tiene la evidencia de que el público culto de esta tarde sabrá recoger, con inteligencia y corazón limpio, el delicioso y duro lenguaje de los muñecos.

Todo el guiñol popular tiene este ritmo, esta fantasía y esta encantadora libertad que el poeta ha conservado en el diálogo.

El guiñol es la expresión de la fantasía del pueblo y da el clima de su gracia y de su inocencia.

Así, pues, el poeta sabe que el público oirá con alegría y sencillez expresiones y vocablos que nacen de la tierra y que servirán de limpieza en una época en que maldades, errores y sentimientos turbios llegan hasta lo más hondo de los hogares.

(Sale el Poeta.)

Hombres y mujeres, atención; niño, cállate. Quiero que haya un silencio tan profundo que oigamos el glú-glú de los manantiales. Y si un pájaro mueve un ala, que también lo oigamos, y si una hormiguita mueve la patita, que también la oigamos, y si un corazón late con fuerza, nos parezca una mano apartando juncos de la orilla. ¡Ay!, ¡ay! Será necesario que las muchachas cierren los abanicos y las niñas saquen sus pañuelitos de encaje para oír y para ver las cosas de doña Rosita, casada con don Cristóbal, y las cosas de don Cristóbal, casado con doña Rosita.

¡Ay!, ¡ay! Ya empieza a tocar el tambor. Podéis llorar y podéis reír, a mí no me importa nada de nada. Yo voy a comer ahora un poquito pan, un poquitirrito pan que me han dejado los pájaros, Y luego a planchar los trajes de la compañía. (*Mira si es observado.*) Quiero deciros que yo sé cómo nacen las rosas y cómo se crían las estrellas de mar, pero...

DIRECTOR. Haga usted el favor de callarse. El prólogo termina donde se dice: «Voy a planchar los trajes de la compañía».

POETA. Sí, señor.

DIRECTOR. Usted, como poeta, no tiene derecho a descubrir el secreto con el cual vivimos todos.

POETA. Sí, señor.

DIRECTOR. ¿No le pago su dinero?

POETA. Sí, señor; pero es que don Cristóbal yo sé que en el fondo es bueno y que quizá podría serlo.

DIRECTOR. Majadero. Si no se calla usted, subo y le parto esa cara de pan de maíz que tiene. ¿Quién es usted para terminar con esta ley de maldad?

POETA. Ya he terminado; me callaré.

DIRECTOR. No, señor; diga usted lo que es preciso que diga y lo que el público sabe que es verdad.

POETA. Respetable público: Como poeta tengo que deciros que don Cristóbal es malo.

DIRECTOR. Y no puede ser bueno.

POETA. Y no puede ser bueno.

DIRECTOR. Vamos, siga.

POETA. Ya voy, señor Director. Y nunca podrá ser bueno.

DIRECTOR. Muy bien. ¿Cuánto le debo?

POETA. Cinco monedas.

DIRECTOR. Ahí van.

POETA. No las quiero de oro. El oro me parece fuego, y yo soy poeta de la noche. Démelas de plata. Las monedas de plata parece que están iluminadas por la luna.

DIRECTOR. ¡Ja, la, ja! Así salgo ganando. A empezar.

POETA.

Abre tu balcón, Rosita, que comienza la función.

Te espera una muertecita y un esposo dormilón.

(*Música.*)

DIRECTOR. Cristóbal.

CRISTÓBAL. ¿Qué?

DIRECTOR. Salga usted, que el público lo está esperando.

CRISTÓBAL. Ya voy.

DIRECTOR. ¿Y doña Rosita?

ROSITA. Me estoy poniendo los zapatitos. (*Se oyen ronquidos.*)

DIRECTOR. ¿Qué es eso? ¿Ya está roncando Cristóbal?

CRISTÓBAL. Ya voy, señor Director. Es que estoy meando.

DIRECTOR. Cállese y no diga barbaridades.

CRISTÓBAL. (*Apareciendo.*) Buenas noches, caballeros.

DIRECTOR. Vamos, don Cristóbal; hay necesidad de empezar el drama. Ésa es su obligación. Usted es un médico.

CRISTÓBAL. Yo soy un médico. Vamos al toro.

DIRECTOR. Piense, don Cristóbal, que necesita usted dinero para casarse.

CRISTÓBAL. Es verdad.

DIRECTOR. Gánelo pronto.

CRISTÓBAL. Voy por la porra.

DIRECTOR. Bravo. Veo que me ha entendido usted.

ENFERMO. (*Saliendo.*) Buenos días.

CRISTÓBAL. Buenas noches tenga usted.

ENFERMO. Buenos días.

CRISTÓBAL. Buenas noches.

ENFERMO. Buenas tardes.

CRISTÓBAL. Noches negras.

ENFERMO. (*Tímido.*) Quizás te pueda dar las buenas noches.

CRISTÓBAL. Buenas noches cerradas.

ENFERMO. En vista de esto me he convencido de que es usted un gran médico y que me puede curar.

(*Enérgico.*) ¡Buenos días!

CRISTÓBAL. (*Fuerte.*) Te he dicho que buenas noches y es buenas noches.

ENFERMO. Bravo. Cuando usted quiera.

CRISTÓBAL. ¿Qué le duele a usted?

Me duele el cuello donde me cae el cabello, pero no había caído en ello hasta que me lo dijo mi primo

Juan Coello.

CRISTÓBAL. Esto se acaba con el degüello. (*Lo agarra.*)

ENFERMO. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! Don Cristóbal.

CRISTÓBAL. Vamos. Tenga la bondad de sacar un poquito el cuello para que le pueda intervenir la carótida.

ENFERMO. ¡Ay! Yo no lo puedo mover.

CRISTÓBAL. Le digo que pruebe a mover la carótida.

ENFERMO. ¡Ay! Es imposible.

CRISTÓBAL. Apártese usted mismo con las manos las yugulares.

ENFERMO. Si pudiera ya lo hubiera hecho. (*Con agresividad.*) Buenos días, buenos días, buenos días, buenos días, buenos días.

CRISTÓBAL. Ahora verás.

(*Sale. El Enfermo se queja, echado sobre la barandilla.*)

ENFERMO. ¡Ay!, ¡ay!, lo que me duele la carótida. ¡Ay, mi carótida! Yo tengo carotiditis.

CRISTÓBAL. (*Entra con la porra.*) Aquí estoy.

¿Qué es eso, don Cristóbal?

El aparato del aguardiente.

¿Para qué sirve?

Para ponerte el cuello caliente.

Pero no me haga usted daño.

En el pegar no hay engaño.

¿Tienes mucho dinerito?

Veinte duritos y veinte duritos, y debajo del chalequito seis duritos y tres duritos, y en el ojito del culito tengo un rollito con veinte duritos.

Pues yo te voy a curar.

Pero no lo contarás.

ENFERMO. (*Agresivo.*) Buenos días, buenos días, buenos días, buenos días, buenos días, buenos días.

CRISTÓBAL. (*Dándole con la porra.*) Buenas noches. Te aga rré. Saca el cuello.

ENFERMO. No puedo, don Cristóbal.

CRISTÓBAL. (*Dándole un golpe.*) Saca el cuello.

ENFERMO. ¡Ay!, mi carótida.

CRISTÓBAL. Más cuello.

ENFERMO. ¡Ay!, mi carótida.

CRISTÓBAL. Más cuello. *(Golpe.)* Más cuello, más cuello, más cuello.

(El Enfermo saca un cuello de un metro.)

ENFERMO. ¡Ayyyyyyyyy! *(Mete todo el cuello y se levanta, pero don Cristóbal lo remata.)*

Te maté, ¡puñetero!, te maté...

una, dos y tres, al barranco con él. *(Se oye un gran golpe.)*

Olé, olé, olé, olé.

DIRECTOR. ¿Tenía dinero?

CRISTÓBAL. Sí.

DIRECTOR. Pues hay que casarse.

CRISTÓBAL. Hay que casarse.

DIRECTOR. Ahí viene la madre de doña Rosita. Es preciso que hable usted con ella.

Yo soy la madre de doña Rosita y quiero que se case, porque ya tiene dos pechitos como dos naranjitas y un culito como un quesito, y una urraquita que le canta y le grita.

Y es lo que digo yo.-le hace falta un marido, y si fuera posible, dos.

Ja,ja,ja,ja,ja.

Señora.

Caballero de pluma y tintero.

No tengo sombrero.

Usted sabrá que me quiero casar.

Yo tengo una hija,

¿qué dinero me das?

Una onza de oro de las que cagó el moro, una onza de plata de las que cagó la gata, y un puñado de calderilla de las que gastó su madre cuando era chiquilla.

Y además quiero una mula para ir a Lisboa cuando sale la luna.

Una mula es mucho; no puedo, señora.

Usted tiene plata, señor don Cristóbal.

Mi Rosita es joven y usted es ya viejo.

Viejo, viejo pellejo.

Y usted es una vieja que se limpia el culito con una teja.

¡Borracho! ¡Indecente!

Te voy a poner la barriga caliente.

Cuenta con la mula. ¿Dónde está Rosita?

En camisa en su cuarto. Y está solita.
Ja, ja, ja, ja.
¡Ay!, cómo me pongo.
¡Ay! con el sorongo, ¡ay! con el sorongo.
Déme su retrato.
Pero firmaremos antes el contrato.
Rosita, por verte la punta del pie si a mí me dejaran veríamos a ver.
Le verás el pie cuando esté contigo.
Si me das dinero hará lo que digo. *(Se va cantando.)*
(Música.)
(Voz de Rosita.)
Con el vito, vito, vito, con el vito que me muero, cada hora, niño mío, estoy más metida en fuego.
(Entra Rosita.)
¡Ay! Que noche tan clarita vive sobre los tejados.
En esta hora los niños cuentan las estrellas y los viejos se duermen sobre sus caballos, pero yo quisiera estar:
en el diván con Juan, en el colchón con Ramón, en el canapé con José, en la silla con Medinilla, en el suelo con el que yo quiero, pegada al muro con el lindo Arturo y en la gran chaise-longue con Juan, con José, con Medinilla, con Arturo y con Ramón.
¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!
Yo me quiero casar, ¿me han oído?
Yo me quiero casar con un mocito, con un militar, con un arzobispo, con un general, con un macanudo de macanear y veinte mocitos de Portugal. *(Sale.)*
CRISTÓBAL. Entonces, ¿estamos conformes?
MADRE. Estamos.
CRISTÓBAL. Porque si no estamos, yo tengo la cachiporra y ya sabes lo que pasa.
MADRE. ¡Ay! ¡Qué he hecho yo!
CRISTÓBAL. ¿Tienes miedo?
MADRE. *(Temblando.)* ¡Ay!
CRISTÓBAL. D: Tengo miedo.
MADRE. Tengo miedo.
CRISTÓBAL. Diga: ¡Ya me ha domado don Cristóbal!
MADRE. Ya me ha domado don Cristóbal.
CRISTÓBAL. Como domaré a tu hija.

MADRE. Entonces...

CRISTÓBAL. Yo te doy la onza de oro de la que cagó el moro y tú me entregas a tu hija Rosita, y me lo debes agradecer porque ya está madurita.

MADRE. Tiene veinte años.

CRISTÓBAL. He dicho que está madurita, y lo está. Pero a pesar de todo es una linda muchacha. Diga, diga, diga...

Que tiene dos tetitas como dos naranjitas y un culito como un quesito y una urraquita...

¡Ayyyyyyyyy!

Y una urraquita que le canta y le grita.

CRISTÓBAL. Sí, señor, me voy a casar porque doña Rosita es un boccato di cardinali.

MADRE. ¿Habla vuesa merced el italiano?

CRISTÓBAL. No. Pero en mi juventud estuve en Francia y en Italia, sirviendo a un tal don Pantalón. A usted no le importa nada mi vida. Tiemble usted. Todo el que está delante de mí tiene que temblar, carajórum, tiene que temblar.

MADRE. Ya estoy temblando.

CRISTÓBAL. Llama a Rosita.

MADRE. ¡Rositaaaaaaaa!

ROSITA. ¿Qué quieres?

Me quiero casar con un becerro nonato, con un caimán, con un borriquito, con un general, que para el caso lo mismo me da.

¡Ay! Qué jamoncitos tiene por delante y por detrás.

¿Te quieres casar?

Me quiero casar.

¿Te quieres casar?

Me quiero casar.

MADRE. (*Llorando.*) Que no me la trates mal. ¡Ay!, qué lástima de mi hijita.

CRISTÓBAL. Avisa al cura. (La Madre se va gritando. Cristóbal se acerca y se van juntos a la iglesia.

Suenan las campanas.)

POETA. ¿Le ven ustedes? Sin emb argo, más vale que nos riamos todos. La luna es un águila blanca. La luna es una gallina que pone huevos. La luna es un pan para los pobres y un taburete de raso blanco para los ricos. Pero ni don Cristóbal ni doña Rosita ven la luna. Si el Director de escena quisiera, don

Cristóbal vería las ninfas del agua y doña Rosita podría llenar de escarcha su cabello en el acto tercero donde cae la nieve sobre los inocentes. Pero el dueño del teatro tiene a los personajes metidos en una cajita de hierro para que los vean solamente las señoras con pecho de seda y nariz tonta y los caballeros con barbas que van al club y dicen: Ca-ram-ba. Porque don Cristóbal no es así, ni doña Rosita...

DIRECTOR. ¿Quién habla ahí de ese modo?

POETA. Digo que ya se están casando.

DIRECTOR. Haga el favor de no meter la pata. Si yo tuviera imaginación ya le habría puesto de patitas en la calle.

CRISTÓBAL. ¡Ay!, Rosita.

ROSITA. ¿Has bebido mucho?

CRISTÓBAL. Me gustaría ser todo de vino y beberme yo mismo. ¡Jaaaa! Y mi barriga un gran pastel, un gran pastel con ciruelas y batatas. Rosita, cántame algo.

ROSITA. Voy. *(Canta.)* ¿Qué quieres que te cante? ¿El cáncan de Goicoechea o la Marsellesa de Gil-

Robles? ¡Ay!, Cristóbal. Tengo miedo. ¿Qué me vas a hacer?

CRISTÓBAL. Te haré muuuuuuuuuuu.

ROSITA.

¡Ay, no! Me asustarás.

A las doce de la noche, ¿qué me harás?

Te haré aaaaaaaa.

¡Ay, no! Me asustarás.

A las tres de la mañana, ¿qué me harás?

Te haré piii.

Y entonces verás cómo mi urraquita se pone a volar.

(Se abrazan.)

¡Ay!, mi Rosita.

¿Has bebido mucho?

¿Por qué no te echas una siestecita?

Me pondré a dormir para ver si despierta mi colorín.

ROSITA. Sí, sí, sí, sí, sí, sí. *(Cristóbal ronca. Entra Currito y se abraza a Rosita y se oyen unos enormes besos.)*

CRISTÓBAL. *(Se despierta.)* ¿Qué es eso, Rosita?

ROSITA. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¿No ves qué luna tan grande hay? ¿Qué resplandorrrrrrrrr? Es mi sombra.

¡Sombra, vete!

CRISTÓBAL. ¡Vete, sombra!

ROSITA. Qué molesta es la luna, ¿verdad, Cristóbal? ¿Por qué no te echas otra siestecita?

Voy a descansar para ver si despierta mi palomar.

ROSITA. Ya, ya, ya, ya, ya. (*Aparece el Poeta, se pone a besar a Rosita y se despierta Cristóbal.*)

CRISTÓBAL. ¿Qué es eso, Rosita?

ROSITA. Como hay tan poca luz no percibes. Es, es... el aparato de hacer encaje de bolillos. ¿No ves cómo suena? (*Se oyen besos.*)

CRISTÓBAL. Me parece que suena demasiado.

¡Vete ya, aparato!

¿Verdad, Cristobita?

¿Por qué no te echas otra siestecita?

Voy a descansar para que mi palomo pueda reposar.

(*Aparece el Enfermo por otro lado y doña-Rosita lo besa también.*)

¿Qué es eso que siento yo?

Es que ya empieza la puesta del sol.

CRISTÓBAL. (*Brrrrr.*) ¿Qué es eso? ¿Has sido tú?

ROSITA. No te pongas así. Son las ranas del estanque.

CRISTÓBAL. Serán. Esto se acabó y se requeteacabó. Brrrrrrrrr.

ROSITA. Pero no grites. Son los leones del circo, son los ma ridos ultrajados que hablan en la calle.

MADRE. ¡Rositaaaa aaa! Aquí está el médico.

ROSITA. ¡Ay!, el médico. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, mi barri guita.

MADRE. Mal hombre, perro. Por tu culpa ahora nos tendrás que dar todo tu dinero.

ROSITA. Todo tu dinero. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! (*Se van.*)

DIRECTOR. Cristóbal.

CRISTÓBAL. ¿Qué pasa?

DIRECTOR. Baje usted en seguida, que doña Rosita está enferma.

CRISTÓBAL. ¿Qué tiene?

DIRECTOR. Está de parto.

CRISTÓBAL. ¿De partoooooo?

DIRECTOR. Ha tenido cuatro niños.

CRISTÓBAL. ¡Ay! Rosita. Me las pagará. Mala mujer. Con cien duros que me has costado. Pin, pan, brrrr.

(Rosita grita en esta escena dentro.)

CRISTÓBAL. ¿De quién son los niños?

MADRE. Tuyos, tuyos, tuyos.

CRISTÓBAL. *(Le da un golpe.)* ¿De quién son los niños?

MADRE. Tuyos, tuyos, tuyos.

(Otro golpe. Dentro grita Rosita por el parto.)

DIRECTOR. Ahora está naciendo el quinto.

CRISTÓBAL. ¿De quién es el quinto?

MADRE. Tuyo. *(Golpe.)*

CRISTÓBAL. ¿De quién es?

MADRE. Tuyo, sólo tuyo. *(Golpe.)* Tuyo, tuyo, tuyo, tuyo. *(Muere y queda echada sobre la barandilla.)*

CRISTÓBAL. Te maté, puñetera, te maté. Ahora sabré de quién son esos niños. *(Inicia el mutis.)*

MADRE. *(Levantándose.)* Tuyos, tuyos, tuyos, tuyos. *(Cristóbal la golpea y entra y sale con doña Rosita.)*

CRISTÓBAL. Toma, toma, por... por... por...

DIRECTOR. *(Saliendo con la gran cabeza asomada en el teatro.)* Basta. *(Agarra a los muñecos y se queda con ellos en la mano mostrándolos al público.)* Señoras y señores: Los campesinos andaluces oyen con frecuencia comedias de este ambiente bajo las ramas grises de los olivos y en el aire oscuro de los establos abandonados. Entre los ojos de las mulas, duros como puñetazos, entre el cuero bordado de los arrees cordobeses, y entre los grupos tiernos de espigas mojadas, estallan con alegría y con encantadora inocencia las palabrotas y los vocablos que no resistimos en los ambientes de las ciudades, turbios por el alcohol y las barajas. Las malas palabras adquieren ingenuidad y frescura dichas por muñecos que miman el encanto de esta viejísima farsa rural. Llenemos el teatro de espigas frescas, debajo de las cuales vayan palabrotas que luchen en la escena con el tedio y la vulgaridad a que la tenemos condenada, y saludemos hoy en «La Tarumba» a don Cristóbal el andaluz, primo del Bululú gallego y cuñado de la tía Norica, de

Cádiz; hermano de Monsieur Guñol, de París, y tío de don Arlequín, de Bérgamo, como a uno de los

personajes donde sigue pura la vieja esencia del teatro.

Diálogos



La doncella, el marinero y el estudiante

Balcón.

VIEJA. (*En la calle.*) Caracoleeees: Se guisan con hierbabuena, azafrán y hojas de laurel.

DONCELLA. Caracolitos del campo. Parecen amontonados en la cesta una antigua ciudad de la China.

VIEJA. Esta vieja los vende. Son grandes y oscuros. Cuatro de ellos pueden con una culebra.
¡Qué caracoles! Dios mío ¡qué caracoles!

DONCELLA. Déjame que borde. Mis almohadas no tienen iniciales y esto me da mucho miedo. Porque ¿qué muchachilla en el mundo no tiene marcada su ropa?

VIEJA. ¿Cómo es tu gracia?

DONCELLA. Yo bordo en mis ropas todo el alfabeto.

VIEJA. ¿Para qué?

DONCELLA. Para que el hombre que esté conmigo me llame de la manera que guste.

VIEJA. (*Triste.*) Entonces eres una sinvergüenza.

DONCELLA. (*Bajando los ojos.*) Sí.

VIEJA. ¿Te llamarás María, Rosa, Trinidad, Segismunda?

DONCELLA. Y más, y más:

VIEJA. ¿Eustaquia? ¿Dorotea? ¿Genara?

DONCELLA. Y más, más, más...

(La Doncella eleva las palmas de sus manos palidecidas por el insomnio de las sedas y los marcadores.

La Vieja huye arrimada a la pared, hacia su Siberia de trapos oscuros donde agoniza la cesta llena de mendrugos de pan.)

DONCELLA. A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, Ñ. Ya está bien. Voy a cerrar el balcón. Detrás de los cristales, seguiré bordando. (*Pausa.*)

LA MADRE. (*Dentro.*) Hija, hija, ¿estás llorando?

DONCELLA. No. Es que empieza a llover.

(Una canoa automóvil llena de banderas azules, cruza la bahía dejando atrás su canto tartamudo.

La lluvia pone a la ciudad un birrete de doctor en Letras. En las tabernas del puerto comienza el gran carrousel de los marineros borrachos.)

DONCELLA. (*Cantando.*)

A, B, C, D.

¿Con qué letra me quedaré?

Marinero empieza con M, y estudiante empieza con E.

A, B, C, D.

MARINERO. (*Entrando.*) Yo.

DONCELLA. Tú.

MARINERO. (*Triste.*) Poca cosa es un barco.

DONCELLA. Le pondré banderas y luces.

MARINERO. Si el capitán quiere. (*Pausa.*)

DONCELLA. (*Afligida.*) ¡Poca cosa es un barco!

MARINERO. Lo llenaré de puntillas bordadas.

DONCELLA. Si mi madre me deja.

MARINERO. Ponte de pie.

DONCELLA. ¿Para qué?

MARINERO. Para verte.

DONCELLA. (*Se levanta.*) Ya estoy.

MARINERO. ¡Qué hermosos muslos tienes!

DONCELLA. De niña monté en bicicleta.

MARINERO. Yo en un delfín.

DONCELLA. También eres hermoso.

MARINERO. Cuando estoy desnudo.

DONCELLA. ¿Qué sabes hacer?

MARINERO. Remar.

(*El Marinero toca el acordeón polvoriento y cansado como un siglo VII.*)

ESTUDIANTE. (*Entrando.*) Va demasiado deprisa.

DONCELLA. ¿Quién va deprisa?

ESTUDIANTE. El siglo.

DONCELLA. Estás azorado.

ESTUDIANTE. Es qué huyo..

DONCELLA. ¿De quién?

ESTUDIANTE. Del año que viene.

DONCELLA. ¿No has visto mi cara?

ESTUDIANTE. Por eso me paro.

DONCELLA. No eres moreno.

ESTUDIANTE. Es que vivo de noche.

DONCELLA. ¿Qué quieres?

ESTUDIANTE. Dame agua.

DONCELLA. No tenemos aljibe.

ESTUDIANTE. ¡Pues yo me muerdo de sed!

DONCELLA. Te daré leche de mis senos.

ESTUDIANTE. (*Encendida.*) Endulza mi boca.

DONCELLA. Pero soy doncella.

ESTUDIANTE. Si me echas una escala viviré esta noche contigo,

DONCELLA. Eres blanco y estarás muy frío.

ESTUDIANTE. Tengo mucha fuerza en los brazos.

DONCELLA. Yo te dejaría si mi madre quisiera.

ESTUDIANTE. Anda...

DONCELLA. No...

ESTUDIANTE. ¿Y por qué no?

DONCELLA. Pues porque no...

ESTUDIANTE. Pe-pe. Anda...

DONCELLA. Pe-pe-pe. No.

(Alrededor de la luna, gira una rueda de bergantines oscuros. Tres sirenas chapoteando en las olas, engañan a los carabineros del acantilado. La Doncella en su balcón piensa dar un salto desde la letra Z y lanzarse al abismo.)

Emilio Prados y Manolito Altolaguirre, enharinados por el miedo del mar, la quitan suavemente de la baranda.)

El paseo de Buster Keaton

GALLO. Quiquiriqui.

(Sale Buster Keaton con sus cuatro hijos de la mano.)

BUSTER K. ¡Pobres hijitos míos!

(Saca un puñal de madera y los mata.)

GALLO. Quiquiriquí.

BUSTER K. (*Contando los cuerpos en tierra.*) Uno, dos, tres y cuatro.

(Coge una bicicleta y se va.

Entre las viejas llantas de goma y bidones de gasolina, un negro come su sombrero de paja.)

BUSTER K. ¡Qué hermosa tarde!

(Un loro revolotea en el cielo neutro.)

BUSTER K. Da gusto pasear en bicicleta.

EL BÚHO. Chirri, chirri, chirri, chi.

BUSTER K. ¡Qué bien cantan los pajarillos!

EL BÚHO. Chirrrrrrrrrrrrrr.

BUSTER K. Es emocionante. *(Pausa.)*

(Buster Keaton cruza inefable los juncos y el campillo de centeno.

El paisaje se achica entre las ruedas de la máquina. La bicicleta tiene una sola dimensión. Puede entrar en los libros y tenderse en el horno de pan. La bicicleta de Buster Keaton no tiene el sillón de caramelo, ni los pedales de azúcar, como quisieran los hombres malos. Es una bicicleta como todas, pero la única empapada de inocencia. Adán y Eva correrían asustados si vieran un vaso lleno de agua, y acariciarían en cambio la bicicleta de Keaton.)

BUSTER K. ¡Ay amor, amor!

(Buster Keaton cae al suelo. La bicicleta se le escapa. Corre detrás de dos grandes mariposas grises. Va como loca, a medio milímetro del sueño.)

BUSTER K. (*Levantándose.*) No quiero decir nada. ¿Qué voy a decir?

UNA VOZ. Tonto.

BUSTER K. Bueno. (*Sigue andando.*)

(Sus ojos infinitos y tristes como los de una bestia recién nacida, sueñan lirios, ángeles y cinturones de seda.

Sus ojos que son de culo de vaso. Sus ojos de niño tonto. Que son feísimos. Que son bellísimos. Sus ojos de avestruz. Sus ojos humanos en el equilibrio seguro de la melancolía.

A lo lejos se ve Filadelfia.

Los habitantes de esta urbe ya saben que el viejo poema de la máquina Singer puede circular entre las grandes rosas de los invernaderos, aunque no podrán comprender nunca qué sutilísima diferencia poética existe entre una taza de té caliente y otra taza de té frío.

A lo lejos, brilla Filadelfia.)

BUSTER K. Esto es un jardín.

(Una Americana con los ojos de celuloide viene por la hierba.)

AMERICANA. Buenas tardes.

(Buster Keaton sonríe y mira en gros plan los zapatos de la dama.

¡Oh qué zapatos! No debemos admitir esos zapatos. Se necesitan las pieles de tres cocodrilos para hacerlos.)

BUSTER K. Yo quisiera...

AMERICANA. ¿Tiene usted una espada adornada con hoja de mirto?

(Buster Keaton se encoge de hombros y levanta el pie derecho.)

AMERICANA. ¿Tiene usted un anillo con la piedra envenenada?

(Buster Keaton cierra lentamente los ojos y levanta el pie izquierdo.)

AMERICANA. ¿Pues entonces...?

(Cuatro serafines con las alas de gasa celeste, bailan entre las flores. Las señoritas de la ciudad tocan el piano como si montaran en bicicleta. El vals, la luna y las canoas, estremecen el precioso corazón de nuestro amigo.

Con gran sorpresa de todos el otoño ha invadido el jardín, como el agua al geométrico terrón de azúcar.)

BUSTER K. *(Suspirando.)* Quisiera ser un cisne. Pero no puedo aunque quisiera. Porque

¿dónde dejaría mi sombrero? ¿dónde mi cuello de pajaritas y mi corbata de moaré?

¡Qué desgracia!

(Una Joven, cintura de avispa y alto cucuné, viene montada en bicicleta. Tiene cabeza de ruiseñor.)

JOVEN. ¿A quién tengo el honor de saludar?

BUSTER K. *(Con una reverencia.)* A Buster Keaton.

(La joven se desmaya y cae de la bicicleta. Sus piernas a listas tiemblan en el césped como dos cebras agonizantes. Un gramófono decía en mil espectáculos a la vez: «En América, no hay ruiseñores».)

BUSTER K. *(Arrodillándose.)* Señorita Eleonora, ¡perdóneme que yo no he sido!

¡Señorita! *(Bajo.)* ¡Señorita! *(Más bajo.)* ¡Señorita! *(La besa.)*

(En el horizonte de Filadelfia luce la estrella rutilante de los policías.)

Quimera

Puerta.

ENRIQUE. Adiós.

SEIS VOCES. *(Dentro.)* Adiós.

ENRIQUE. Estaré mucho tiempo en la sierra.

VOZ. Una ardilla.

ENRIQUE. Sí, una ardilla para ti y además cinco pájaros que no los haya tenido antes ningún niño.

VOZ. No, yo quiero un lagarto.

VOZ. Y yo un topo.

ENRIQUE. Sois muy distintos, hijos. Cumpliré los encargos de todos.

VIEJO. Muy distintos.

ENRIQUE. ¿Qué dices?

VIEJO. ¿Te puedo llevar las maletas?

ENRIQUE. No. (*Se oyen risas de niños.*)

VIEJO. Son hijos tuyos.

ENRIQUE. Los seis.

VIEJO. Yo conozco hace mucho tiempo a la madre de ellos, a tu mujer. Estuve de cochero en su casa, pero si te confieso la verdad, ahora estoy mejor de mendigo. Los caballos ¡ja, ja, ja! Nadie sabe el miedo que a mí me dan los caballos. Caiga un rayo sobre todos sus ojos. Guiar un coche es muy difícil. ¡Oh! Es difícilísimo. Si no tienes miedo, no te enteras, y si te enteras, no tienes miedo. ¡Malditos sean los caballos!

ENRIQUE. (*Cogiendo las maletas.*) Déjame.

VIEJO. No, no. Yo por unas monedillas, las más pequeñas que tengas, te las llevo. Tu mujer te lo agradecerá. Ella no tenía miedo a los caballos. Ella es feliz.

ENRIQUE. Vamos pronto. A las seis he de tomar el tren.

VIEJO. ¡Ah, el tren! Eso es otra cosa. El tren es una tontería. Aunque viviera cien años yo no tendría miedo al tren. El tren no está vivo. Pasa y ha pasado... pero los caballos...

Mira.

MUJER. (*En la ventana.*) Enrique mío. Enrique. No dejes de escribirme. No me olvides.

VIEJO. ¡Ah, la muchacha! (*Ríe.*) ¿Te acuerdas cómo saltaba las tapias, como se subía a los árboles sólo por verte?

MUJER. Lo recordaré hasta que me muera.

ENRIQUE. Yo también.

MUJER. Te espero. Adiós.

ENRIQUE. Adiós.

VIEJO. No te aflijas. Es tu mujer y te ama. Tú la amas a ella. No te aflijas.

ENRIQUE. Es verdad, pero me pesa esta ausencia.

VIEJO. Peor es otra cosa. Peor es que todo ande y que el río suene. Peor es que haya un ciclón.

ENRIQUE. No tengo gana de bromas. Siempre estás así.

VIEJO. ¡Ja, ja, ja! Todo el mundo y tú el primero cree que lo importante de un ciclón son los destrozos que produce y yo creo todo lo contrario. Lo importante de un ciclón...

ENRIQUE. (*Irritándose.*) Vamos. Van a dar las seis de un momento a otro.

VIEJO. ¿Pues soy el mar?... En el mar...

ENRIQUE. (*Furioso.*) Vamos, he dicho.

VIEJO. ¿No se olvida nada?

ENRIQUE. Todo lo dejo perfectamente organizado. Y además a ti qué te importa. Lo peor del mundo es un criado viejo, un mendigo.

VIEJO. Tus hijos.

ENRIQUE. Mis hijos.

NIÑA. (*En la puerta.*) Yo no quiero la ardilla. Si me traes la ardilla, no te querré. No me traigas la ardilla. No la quiero.

VOZ. Ni yo el lagarto.

VOZ. Ni yo el topo.

NIÑA. Queremos que nos traigas una colección de minerales.

VOZ. No, no, yo quiero mi topo.

VOZ. No, el topo es para mí... (*Riñen.*)

NIÑA. (*Entrando.*) Pues ahora el topo va a ser para mí.

ENRIQUE. ¡Basta! ¡Quedaréis contentos!

VIEJO. Dijiste que eran muy distintos.

ENRIQUE. Sí. Muy distintos. Afortunadamente.

VIEJO. ¿Cómo?

ENRIQUE. (*Fuerte.*) Afortunadamente.

VIEJO. (*Triste.*) Afortunadamente. (*Salen.*)

MUJER. (*En la ventana.*) Adiós.

VOZ. Adiós.

MUJER. Vuelve pronto.

VOZ. (*Lejana.*) Pronto.

MUJER. Se abrigará bien por la noche. Lleva cuatro mantas. Yo en cambio estaré sola en la cama. Tendré frío. Él tiene unos ojos maravillosos; pero lo que yo amo es su fuerza.

(*Se desnuda.*) Me duele un poco la espalda. ¡Ah! ¡Si me pudiera despreciar! Yo quiero que él me desprecie... y me ame. Yo quiero huir y que me alcance. Yo quiero que me queme... que me queme.

(*Alto.*) Adiós, adiós...

Enrique. Enrique... Te amo. Te veo pequeño. Saltas por las piedras. Pequeño. Ahora te podría tragar como si fueras un botón. Te podría tragar, Enrique...

NIÑA. Mamá.

MUJER. No salgas. Se ha levantado un viento frío. ¡He dicho que no!

(*Entra.*)

(*La luz huye de la escena.*)

NIÑA. (*Rápida.*) ¡Papáaa! ¡Papáaa! Que me traigas la ardilla. Que yo no quiero los minerales. Los minerales me romperán las uñas. Papáaa.

NIÑO. (*En la puerta.*) No-te-o-ye. No-te-o-ye. No-te-o-ye.

NIÑA. Papá, que yo quiero la ardilla. (*Rompiendo a llorar.*) ¡Dios mío! ¡Yo quiero la ardilla!

T e l ó n

Otros diálogos

Díálogo mudo de los cartujos

En el patio de la Cartuja pasean los Cartujos vestidos de blanco. Van y vienen entre las zarzas y las malvalocas. Son cinco y son uno.

El Fraile más viejo está mirando una rosa recién abierta. Los demás se acercan delicadamente.

¿

i

()

...

.

(El Hermano dispensero cruza la galería con el manojo de llaves envuelto en algodón.

En la vidriera de la tarde vuelan los pájaros místicos. La rosa sentenciada tiembla en las manos del más viejo.

La sombra de las alas del ángelus cubre la superficie católica. Los Frailes se calan sus capuchas y emprenden el camino de la iglesia.)

CARTUJO. (*Andando lentamente.*)

(Entran.)

(En una esquina del gran refectorio prismático de rumores y ecos difíciles, un chorro de hormigas sube por la pared a los sazonados membrillos del techo.)

Diálogo de los dos caracoles

CARACOL BLANCO. *(Silencio.)*

(Una Señorita con sombrilla de encajes viene contando sus pasos.

Al llegar a un arroyuelo, vacila. Después salta.)

CARACOL NEGRO. *(Silencio.)*

(La Rata ha cruzado el río. La Rata mala. La Rata que se come las raicillas tiernas.)

CARACOL BLANCO. *(Silencio.)*

(La Señorita consulta el olor de los hinojos. La tarde, sin relaciones inteligentes, se derrumba en la calina del horizonte.)

CARACOL NEGRO. *(Silencio.)*

(La Rata vuelve a las zarzamoras. Una Voz oscura se deleita pronunciando esta palabra: «zarzamora, zarzamora, zarzamora» .)

CARACOL BLANCO. *(Pausa.)*

(La Señorita se sienta en el verde ribazo. Ha salido sola porque no se acuerda de los ratones.)

CARACOL NEGRO. *(Sobrecogido.) (Silencio.)*

(En el remanso, sin un pliegue, tiembla fija una nube larga. La

Rata va por ella como un pájaro. La Rata mala. El Señor le debiera consentir este abuso.)

CARACOL BLANCO. *(Silencio.)*

(A nadie le gusta el libro que lee la Señorita. Es tonta. No se da cuenta de que sus montes de azúcar están llenos de hormigas.)

CARACOL NEGRO. *(Mutis.)*

CARACOL BLANCO. *(En to alto del hinojo.) ¡Ay!*

Otros textos dramáticos



Díálogos

[Diálogo con Luis Buñuel]

Escena primera

Habitación blanca con los muebles de pino. Por la ventana se van largas nubes dormidas. Los personajes están tomando té.

FEDERICO. No tengo esa sed de viajes que te domina, Buñuel.

LUIS. Pues en mí constituye una obsesión.

AUGUSTO. Yo no siento el deseo de ir a todas partes que tiene éste, pero el viaje a ciertos países me gustaría mucho.

LUIS. En un campo quieto bajo la escarcha y un bosque agitado por el viento encuentro el mismo fruto de emoción. A veces pienso que la tierra es demasiado pequeña, ¡y que todo se conoce ya!

FEDERICO. Piensas así porque eres fuerte.

LUIS. No sé que decirte.

FEDERICO. Yo en cambio, como Alfonso Karr, prefiero viajar alrededor de mi jardín.

LUIS. A mí me das tierra firme y realidad.

AUGUSTO. Creo que los dos podréis viajar en vuestros mundos sin que al final se pueda saber quién traerá su zurrón más lleno.

FEDERICO. Tienes razón. Del norte al sur de la vela ta del tejado, hay la misma distancia que de un polo a otro polo.

LUIS. Absolutamente la misma.

(La tarde se va tendiendo lentamente sobre el monte. Cuatro gorriones con las alas abiertas componen por un...)

La sabiduría

El loco y la loca

Calle.

AMIGO MORENO. ¿Cómo estás?

AMIGO RUBIO. Bien, ¿y tú?

AMIGO MORENO. Bien, gracias.

AMIGO RUBIO. ¿Y tu familia?

AMIGO MORENO. Está en el campo. ¿Y la tuya?

AMIGO RUBIO. Este año no sale fuera.

MAESTRO. (*Dentro de la escuela.*) Ya os he enseñado la esfera armilar. El mar es celeste y la tierra es de todos los colores.

NIÑO. ¿Sin que se te olvide ninguno?

MAESTRO. Ninguno. La tierra es extraordinariamente grande, pero se puede reducir su tamaño si nosotros queremos.

LOS NIÑOS. ¿Cómo?

MAESTRO. ¡Silencio! La tierra tiene cuatro puntos cardinales. ¡Oh maravilla! Norte, Sur, Este y Oeste.

LOS NIÑOS. Norte, Sur, Este y Oeste.

MAESTRO. Nosotros podíamos cambiar la superficie de la tierra si dijéramos: «Hay cuatro puntos cardinales: Oeste, Este, Sur y Norte».

LOS NIÑOS. Oeste...

MAESTRO. Chitón. Sería peligroso. Y además ya se ha escrito la geografía.

LOS NIÑOS. Geografía es la ciencia que trata, etc., etc.

MAESTRO. Muy bien. El Norte es una pera de cien kilos pintada de blanco. El Sur, una rueda de papel. El

Este, un remo de cristal y el Oeste, un ala diminuta.

LOS NIÑOS. La punta de nuestros lápices se acaba de romper.

MAESTRO. No importa. Hay en el mundo muchos caballos sin cola. Y las lagartijas, ¿no viven con el rabo cortado? ¡Proseguid!

LOS NIÑOS. ¡Proseguimos!

MAESTRO. Todos los ríos bajan del Norte rompiendo el cascarón del huevo de la nieve. Los perfumes a quienes el aire cuelga de los pies como el cazador a sus aves, suben del Sur. El Este y el Oeste permanecen impasibles con las alas en las rodillas.

EL INSPECTOR. (*Entrando.*) ¿Qué está usted diciendo?

MAESTRO. Explico geografía.

INSPECTOR. ¿Qué geografía?

MAESTRO. Mi geografía.

INSPECTOR. Me veré obligado a dar parte a la superioridad. El Ministerio de Instrucción Pública no tolera abusos.

MAESTRO. ¡Perdóneme!

INSPECTOR. Pero ¿qué esfera armilar es ésta...? Vamos. Niños, ¿cuántos son los puntos cardinales?

MAESTRO. (*Aparte.*) Cabeza, pies, corazón y mano derecha.

INSPECTOR. No contestan.

MAESTRO. Son las tres y la clase debía terminar a las dos.

INSPECTOR. Entonces mañana veremos.

(*Un ruiseñor de tinta declama líricamente las letras minúsculas.*)

AMIGO MORENO. ¡Qué de voces dan en la escuela!

AMIGO RUBIO. (*Sorprendido*) ¿En qué escuela?

AMIGO MORENO. En ésa.

AMIGO RUBIO. (*Serio.*) ¡Pero si no hay ninguna escuela!

AMIGO MORENO. ¡Siempre tan bromista!

AMIGO RUBIO. ¡Lo que tú quieras!

AMIGO MORENO. Bueno, quédate con Dios.

AMIGO RUBIO. ¿Dónde vas?

AMIGO MORENO. A estudiar geografía. Ya sabes que ahora hago las oposiciones.

AMIGO RUBIO. Yo también me voy.

AMIGO MORENO. ¿Dónde vas?

AMIGO RUBIO. A estudiar geometría. Quiero ser pintor.

AMIGO MORENO. (*Lejos.*) ¡Qué tarde más hermosa!

AMIGO RUBIO. (*Lejos.*) Redonda.

AMIGO MORENO. Pero no hay que olvidar que este azul tan rutilante es sólo una cáscara.

AMIGO RUBIO. (*Extrañado.*) ¿Una cáscara...?

(*Los cristales de los miradores y ventanas, onzas de Carlos III, pesan y brillan.*)

(*En el tercer balcón de un piso cuarto izquierda, letra A, aparece una Señora vestida de blanco. Da muestras de gran abatimiento.*)

SEÑORA. ¡Ay de mí!

UN PARALÍTICO. (*Que viene por la calle.*) ¡Ay de mí!

SEÑORA. ¡He perdido mis gafas!

PARALÍTICO. Eso no es nada. Compra otras.

SEÑORA. ¿Se olvida usted que hoy es domingo y están cerrados los establecimientos? ¡Pobres gafas mías!

¡Ay mis gafas! ¡Ay mis gafas!

PARALÍTICO. (*Yéndose.*) Es mucho más desgraciada que yo.

SEÑORA. ¡Ay, enfrente está la biblioteca! No sé qué van a hacer los libros sin mis gafas. Mar sin barcos.

¡Qué horror! ¡Ay mis gafas!

AMIGO RUBIO. (*Saliendo.*) Por más que llamo en la biblioteca no quieren salir. ¡Es para desesperarse! (*Se va. Amor en la ventana de la biblioteca.*) ¿Y si yo prendiera fuego a todos los volúmenes?

(*Señora dentro cantando.*)

CANCIÓN DE LAS GAFAS PERDIDAS

El día y la noche usan monóculos.

Porque el día y la noche no tienen dos ojos.

[Diálogo de don Fabricio y la señora]

[...] de sordos abejarucos y aparatos de relojería.

SEÑORA. ¡Fabricio!

FABRICIO. Se me ha dormido un pie.

SEÑORA. Hazte una cruz con saliva en el zapato.

FABRICIO. Y un muslo.

SEÑORA. Pellízcate. (*Los puños almidonados de don Fabricio han sonado como dos besos sobre la frente de una mujer muerta.*) Cada vez que te miro me gusta más la botonadura de oro verde que llevas en la camisa.

FABRICIO. ¿Qué hora es?

SEÑORA. Hicimos bien en comprarla. Me acuerdo cómo le gustaba a mi tío el almirante. (*Silencio.*) El pobre murió en Constantinopla.

FABRICIO. Hay ya poca luz.

SEÑORA. Deben ser las seis.

FABRICIO. ¿Nos vamos?

SEÑORA. No te muevas. ¡Si vieras lo bien que me encuentro en este sitio!

FABRICIO. Yo, en cambio, estoy fastidiado.

SEÑORA. Por culpa del barbero.

FABRICIO. Naturalmente.

SEÑORA. Ya te dije el día antes que te arreglaras la cabeza. Ahí tienes los inconvenientes de no hacer caso a tu mujer.

FABRICIO. Me pica la barba demasiado.

SEÑORA. Inconvenientes de ser hombre.

(Las dos manos amarillentas de don Fabricio caen rendidas sobre el velador. Allí adquieren una trágica expresión eterna.)

[Diálogo del dios Pan]

SIRENA.

« ¡Ay cómo aprieta el mar mi cintura!

Aquellas naves tienen la culpa.

No aprieta el cielo tanto a la luna.

¡Cómo me pesan en las escamas las duras quillas alquitranadas!»

(Pan abre sus muslos peludos y vuelve a mear lentamente. En las bodegas de los contornos el vino se sale de las pipas en homenaje al dios. Todas las nodrizas sienten un calorillo húmedo sobre sus muslos.)

PAN. Oh... *(Se duerme.)*

(La Sirena desaparece. El mar, lento y pesado, cuelga en los olivos rosas coronas conmemorativas de espuma y caracoles. El mar suena en la orilla y defiende su interior de silencio absoluto.)

[Diálogo de la Residencia]

Román en escena paseándose con un número del Socialista.

(Timbre.)

VOZ. Jesusa, una merienda al cuarto del señor Olalla.

ARIAS. ¿Qué hay, Olalla, y ese ojo?

VOZ. Más negro que una mina de Linares.

ARIAS. Eso no es nada, rapaz. Una conjuntivitis ligera. A aliviarse.

(Aparecen don Ricardo [Orueta] cargado de máquinas fotográficas y [Luis] Truán cabreado.)

TRUÁN. Vamos, no diga usted que no, don Ricardo. Es un cretino.

ORUETA. Le das mucha importancia, aparte que es un mu chacho simpático y de cierto mérito. Te enseñaré la foto que le hice ayer y verás cómo cambias de opinión.

TRUÁN. ¡Pobre!

ORUETA. Es estupenda.

TRUÁN. A mí me molesta que vaya a Gijón.

ORUETA. ¿No va también Pepe Moreno [Villa] y Barzola y [Javier] Arisqueta...?

TRUÁN. Yo, sin embargo, no le prestaría la máquina ni le prestaría nada. Es un cretino.

ORUETA. Mira esta máquina que acabo de comprar a Braulio López Leñiz. Es estupenda. No se la prestaría. Pero la que empleo para las cosas de Berruguete y Pedro Mena... ésa con mucho gusto, porque para mí, que ya soy viejo, se hace muy pesada.

PÁEZ. Don Ricardo, un gato hay debajo de su ventana.

ORUETA. ¡Un gato!, [?] y están arreglándome el tirador... Trae un bastón, trae un bastón.

TRUÁN. Pobres gorriones. Cuánto mejor estarían en la puma rada.

(Entran Carlos M. [¿Marches;?], [Ernesto] Lasso [de la Vega], García Lorca y Cienfuegos. Entra Carlos

M. cantando las M. Le siguen los demás.)

CARLOS. Tan, tan.

PÁEZ. ¿Qué tal, Lorca?

LORCA. De primera. ¿Y usted?

PÁEZ. Como en junio no hubo notas, pues he venido para sacar notable, pero he sacado dos matrículas.

LORCA. ¡Hola, hola, hola, hola!

(*Páez se ruboriza.*)

LORCA. ¿Qué tal los toros de ayer?

CARLOS. Más malos que un chiste de Becares. Ja, ja, ja, ja, estrepitoso.

CIENFUEGOS. Jaaaaa, jaaa.

LASO. No estuvieron tan malos... pero desde que se murió el rey del toreo... ¡Pobrecito José!

Viaje a la luna



Cama blanca sobre una pared gris. Sobre los paños surge un baile de números 13 y 22. Desde dos empiezan a surgir hasta que cubren la cama como hormigas diminutas.

Una mano invisible arranca los paños.

Pies grandes corren rápidamente con exagerados calcetines de rombos blancos y negros.

Cabeza asustada que mira fija un punto y se disuelve sobre una cabeza de alambre con un fondo de agua.

Letras que digan Socorro Socorro Socorro con doble exposición sobre un sexo de mujer con movimiento de arriba abajo.

Pasillo largo recorrido por la máquina con ventana de final.

Vista de Broadway de noche.

Se disuelve el todo en la escena anterior.

Dos piernas oscilan con gran rapidez.

Las piernas se disuelven sobre un grupo de manos que tiemblan.

Las manos que tiemblan, sobre una doble exposición de un niño que llora.

Y el niño que llora, sobre una doble exposición de una mujer que le da una paliza.

Esta escena se disuelve sobre el pasillo largo, que otra vez la cámara recorre hacia atrás con gran rapidez.

Al final, un gran plano de un ojo sobre una doble exposición de peces, que se disuelve sobre lo siguiente.

Caída rápida. Por una ventana pasa en color azul una doble exposición de letras: ¡Socorro! ¡Socorro!...

Cada letrero de ¡Socorro! ¡Socorro! se disuelve en la huella de un pie.

Y cada huella de pie, en un gusano de seda sobre una hoja en fondo blanco.

De los gusanos de seda sale una gran cabeza muerta, y de la cabeza un ciclo con luna.

La luna se corta y aparece un dibujo de una cabeza que vomita y abre y cierra los ojos y que se disuelve sobre dos niños que caminan cantando con los ojos cerrados.

Cabezas de los niños que cantan llenas de manchas de tinta.

Un plano blanco sobre el cual se arrojan gotas de tinta.

Puerta.

Sale un hombre con una bata blanca. Por el lado opuesto viene un muchacho en traje de baño de grandes manchas blancas y negras.

Gran plano del traje sobre una doble exposición de un pez.

El hombre de la bata le ofrece un traje de arlequín pero el muchacho rehusa. Entonces el hombre de la bata lo coge por el cuello, el otro grita, pero el hombre de la bata le tapa la boca con el traje de arlequín.

Se disuelve el todo sobre una doble exposición de serpientes, esto sobre cangrejos y éstos en otros peces, todo con ritmo.

Un pez vivo sostenido por la mano de una persona, en un gran plano, que le aprieta hasta que muere y avanza con la boquita abierta hasta cubrir el objetivo.

Dentro de la boquita del pez aparece un gran plano en el cual saltan, en agonía, dos peces.

Estos se convierten en caleidoscopio en el que cien peces saltan o laten en agonía.

Letrero: Viaje a la luna

Habitación. Dos mujeres vestidas de negro lloran sentadas con las cabezas echadas en una mesa donde hay una lámpara. Dirigen las manos al cielo.

Planos de los bustos y las manos. Tienen las cabelleras echadas sobre las caras y las manos contrahechas con espirales de alambre.

Siguen las mujeres bajando los brazos y subiéndolos al cielo.

Una rana cae sobre la mesa.

Doble exposición de la rana vista enorme sobre un fondo de orquídeas agitadas con furia.

Se ven las orquídeas y aparece una cabeza enorme dibujada de mujer que vomita que cambia de negativo a positivo y de positivo a negativo rápidamente.

Una puerta se cierra violentamente y otra puerta y otra y otra sobre una doble exposición de las mujeres que suben y bajan los brazos.

Al cerrarse cada puerta saldrá un letrero que diga... Elena Helena; elhena elHeNa.

Las mujeres se dirigen rápidamente a la puerta.

La cámara baja con gran ritmo acelerado las escaleras y con doble exposición las sube.

Triple exposición de subir y bajar escaleras.

Doble exposición de barrotes que pasan sobre un dibujo: Muerte de Santa Radegunda.

Una mujer enlutada se cae por la escalera.

Gran plano de ella.

Otra vista de ella muy realista. Lleva pañuelo en la cabeza a la manera española. Exposición de las narices echado sangre.

Cabeza boca abajo de ella con doble exposición sobre un dibujo de venas y granos gordos de sal para el relieve

La cámara desde abajo enfoca y sube la escalera. En lo alto aparece un desnudo de muchacho. Tiene la cabeza como los muñecos anatómicos con los músculos y las venas y los tendones. Luego sobre el desnudo lleva dibujado el sistema de la circulación de la sangre y arrastra un traje de arlequín.

Aparece de medio cuerpo.

Y mira de un lado a otro. Se disuelve en una calle nocturna.

Ya en la calle nocturna hay tres tipos con gabanes quedan muestras de frío... Llevan los cuellos subidos. Uno mira la luna hacia arriba levantando la cabeza y aparece la luna en la pantalla, otro mira la luna y aparece una cabeza de pájaro en gran plano a la cual se estruja el cuello hasta que muera ante el objetivo, el tercero mira la luna y aparece en la pantalla luna dibujada sobre fondo blanco que se disuelve sobre un y el sexto en la boca que grita.

Huyen los tres por la calle.

Aparece en la calle el hombre de las venas y queda en cruz. Avanzan saltos de pantalla.

Se disuelve sobre un cruce en triple exposición de trenes rápidos.

Los trenes se disuelven sobre una doble exposición de teclados de piano y manos tocando.

Se disuelve sobre un bar donde hay varios muchachos vestidos de smoking. El camarero les echa vino pero no pueden llevarlo a su boca. Los vasos se hacen pesadísimos y luchan en una angustia de sueño. Entra una muchacha casi desnuda y un arlequín y bailan en ralentí. Todos prueban a beber pero no pueden. El camarero llena sin cesar los vasos que ya están llenos.

Aparece el hombre de las venas gesticulante y haciendo señas desesperadas y movimientos que expresan vida y ritmo acelerado. Todos los hombres se quedan adormilados.

Una cabeza mira estúpidamente. Se acerca a la pantalla. Y se disuelve en una rana. El hombre de las venas estruja la rana con los dedos.

Sale una esponja y una cabeza vendada.

(Se disuelve sobre una calle donde una muchacha vestida de blanco huye con un arlequín.)

Una cabeza que vomita.

Y en seguida toda la gente del bar vomita.

Se disuelve lo anterior sobre un ascensor donde un negrito también vomita.

El muchacho arlequín y la mujer desnuda suben en el ascensor.

Se abrazan.

Plano de un beso sensual.

El muchacho muerde a la muchacha en el cuello y tira violentamente de sus cabellos.

Aparece una guitarra y una mano rápidamente corta las das con unas tijeras.

La muchacha se defiende del muchacho y éste, con gran furia; le da otro beso profundo y pone los dedos pulgares sobre los ojos, como para hundirlos en ellos.

Grita la muchacha y el muchacho, de espaldas, se quita la americana y una peluca y aparece el hombre de las venas.

Entonces ella se disuelve en un busto de yeso blanco y el hombre de las venas la besa apasionadamente.

Se ve el busto de yeso con huellas de labios y huellas de manos.

Vuelven a salir las palabras Elena elena elena elena.

Estas palabras se disuelven sobre gritos que echan agua de manera violenta.

Y estos gritos sobre el hombre de las venas muerto sobre periódicos abandonados y arenques.

Aparece una cama y unas manos que cubren un muerto.

Viene un muchacho con una bata blanca y guantes de goma y una muchacha vestida de negro. Pintan un bigote con tinta a una cabeza terrible de muerto. Y se besan con grandes risas.

De ellos surge un cementerio y se les ve besarse sobre una tumba. Plano de un beso cursi de cine con otros personajes.

Y al final con prisa la luna y árboles con viento.